

Prefacio

Esta obra no pretende pedir permiso. No estoy aquí para convencerte de que ya es hora de volver a situar a las mujeres en el centro de la historia. Muchos lo han hecho antes que yo. Tampoco estoy aquí para trazar una línea divisoria entre lo masculino y lo femenino, para subrayar la importancia de cada uno en oposición al otro. En su lugar, quiero mostrarte que la historia puede ahora abordarse de muchas más formas. Gracias a los desarrollos en arqueología, los avances tecnológicos y la apertura de nuevas perspectivas, las mujeres medievales están lejos de ser «irrecuperables»,¹ y esperan a que las redescubramos.

No estoy reescribiendo la historia. Me sirvo de los mismos hechos, cifras, acontecimientos y pruebas a los que siempre hemos tenido acceso, combinados con los recientes avances y descubrimientos. La diferencia es que estoy cambiando el enfoque, y me centro en los personajes femeninos más bien que en los masculinos. Ambos tienen parte en estas historias, y solo podemos entender realmente a unos en relación con los otros. Este libro trata de individuos, ricos en su complejidad y fascinantes en su variedad. También trata de sociedades: conjuntos de individuos que trabajan en compañía y en contra de otros individuos, con un telón de fondo de política, economía, creencias y poder cambiantes. Abordar el pasado a través de las vidas e historias de las mujeres ofrece un prisma único que nos permite encontrar perspectivas nuevas y pasadas por alto.

Las mujeres siempre han constituido aproximadamente la mitad de la población mundial. ¿Por qué, entonces, no deberían modelar la forma en que percibimos el pasado? Sabemos mucho sobre un pequeño número de ricos y poderosos, pero ¿qué

pasa con las multitudes de necesitados y pobres? Los ancianos y los jóvenes también suelen ser ignorados. Las discapacidades no son un fenómeno moderno, como tampoco lo son las cuestiones relacionadas con la sexualidad y el género. Y sin embargo, en los libros de historia leemos muy poco sobre estos temas. En los últimos tiempos, nuestra comprensión histórica de la raza y la inmigración ha avanzado mucho, pero aún queda un largo camino por recorrer. El mundo medieval era fluido, cosmopolita, móvil y abierto a influencias externas. Todas las grandes ciudades estaban llenas de individuos de distintos colores de piel, edades, orígenes, religiones y herencias culturales. Incluyámoslos también en los libros de historia.

Hay multitud de épocas, grupos e individuos olvidados que pueden enriquecer nuestra relación con el pasado, y con este espíritu ofrezco esta obra. Es el principio de una conversación, y animo a cada uno de los lectores a unirse a ella. Hay numerosas vías inexploradas y sugerentes caminos apenas transitados. La historia es orgánica, y la forma en que nos relacionamos con ella crece y cambia. Pero la manera en que los individuos han escrito la historia refleja tanto la época en que escriben como la época sobre la que escriben. Reformular el pasado puede influir en el presente. En los tiempos de la expansión colonial, cuando la trata de esclavos necesitaba fundamentarse, el historiador nutría a los lectores con relatos de exploradores y conquistadores. Cuando se necesitaban soldados dispuestos a morir por el rey y la patria, el historiador les daba héroes y guerreros. Cuando la sociedad favorecía el dominio masculino y la sumisión femenina, el historiador presentaba una narrativa enfocada en los varones.

¿En qué consiste hoy escribir la historia, en un momento en que tantos luchan por lograr una mayor igualdad? ¿Mirar al pasado puede influir en nuestra mirada hacia el futuro? Encontrar mujeres empoderadas y con capacidad de acción en la época medieval es mi forma de dar un giro al volante y proporcionar nuevas narrativas a los lectores de hoy. Sé que tiene cierto sesgo, ya que toda historia es, por naturaleza, subjetiva, por muy objetivo que se intente ser. Pero a través de estas extraordinarias mujeres, espero mostrar cómo podemos, efectivamente, escudriñar la evi-

PREFACIO

dencia histórica de forma más inclusiva y abordar el pasado con ojos nuevos. No puedes ser lo que no puedes ver.* Así pues, salgamos a nuestro propio encuentro en lo que nos ha precedido y redefinamos lo que deberíamos valorar en adelante.

* «You cannot be what you cannot see» en el original, citando las palabras de Marian Wright Edelman en el documental *Miss Representation*, sobre la infrarrepresentación de las mujeres en posiciones de poder. (N. del T.)

Introducción

Miércoles 4 de junio de 1913, derbi de Epsom

Medio millón de personas ha atravesado las puertas del hipódromo de Epsom en esta calurosa tarde de verano. El día de derbi tiene cautivada a la nación; la vida normal está en suspenso. Los corredores de apuestas gritan sobre el ruido de la inmensa multitud, mientras que los apostadores, precariamente encaramados en los andamios, agitan sus brazos por encima de un mar de cuerpos. Las personas aquí reunidas representan a todos los sectores de la sociedad eduardiana. Llegan a pie, en bicicleta o en tren, en carros de caballos o en automóviles. Los nobles están junto a los campesinos, y los limpiabotas se codean con los banqueros. Todos han viajado a esta pequeña población de Surrey, que acostumbra a ser un lugar tranquilo, para tener la oportunidad de percibir, durante unos pocos segundos, el paso atronador de los cascos mientras dejan tras de sí una nube de polvo, sudor y ruido.

Por encima de todos ellos, el rey y la reina de Gran Bretaña están sentados en el palco real. El caballo del rey Jorge V, Anmer, participa en la carrera, pero el favorito es Craganour, engalanado en colores violeta y amarillo pálido. A medida que se acercan las tres de la tarde, la tensión aumenta. Los caballos y los jinetes forcejean en la línea de salida; el jinete del rey, Herbert Jones, se distingue por el rojo y azul de su camisa real. Un premio de más de 6 000 libras (equivalente a 1,5 millones de libras hoy), así como un lugar en la historia, espera al primero que pase a toda velocidad el poste que, bajo el abarrotado graderío, señala la meta. La mayoría de los espectadores no verán la carrera desde las gradas, sino apretujados contra la barrera blanca que les

llega a la altura del pecho y se extiende a ambos lados de la pista. Tattenham Corner es una ubicación especialmente privilegiada desde la que tener una buena visión de los casi dos kilómetros y medio de recorrido. Aquí los caballos toman la curva más pronunciada, antes de acelerar en la recta final. Tradicionalmente, una vez que todos los caballos han pasado, el público se cuela por entre la barrera e invade la pista para seguir la carrera hasta el poste de meta.

No solo los que rodean los contornos de la pista verán este derbi. También hay cámaras a lo largo del recorrido. Grabarán la acción en nitrato de plata para que los espectadores de cine de toda la Commonwealth puedan empaparse del ambiente de la carrera de caballos más famosa del mundo. Tres cámaras apuntan a Tattenham Corner, situadas en ángulos que permiten captar todos los movimientos. Cuando suena el pistoletazo de salida, los jinetes clavan sus tacones en los costados de los caballos y los lanzan a la carrera. La saliva hace espuma en la boca de las bestias y los jinetes se inclinan hacia sus elegantes cuerpos, azotando sus costados mientras aceleran hasta casi setenta kilómetros por hora. Tras aminorar la velocidad para coger la curva, los caballos se han dividido en dos grupos, y se ha abierto una brecha entre los que tienen posibilidades de ganar el oro y los que se quedan atrás. El caballo del rey, Anmer, está en este último grupo.

Entonces las cámaras captan algo inesperado. Una figura se cuela por la barrera cuando la primera oleada de atronadores cascos cruje al pasar y rodear la curva. Se adentra unos metros en la pista con determinación y dirige su mirada hacia los últimos jinetes mientras señala a Anmer, el caballo del rey. Parece que lleva en la mano un objeto, y que se lo intenta ofrecer al jinete. El caballo, al ver a alguien en su camino, inicia un salto, pero, al levantar los cascos, la figura se estrella contra el suelo. La bestia y el jinete caen también, y los caballos que vienen detrás evitan por poco colisionar. Al cabo de unos segundos, Anmer se pone en pie y, tambaleando, intenta acabar la carrera sin jinete. El *jockey* Herbert Jones tiene una conmoción cerebral y está herido, pero con vida. La misteriosa y desconocida figura yace inconsciente y sangrando.

Al instante los arrastra una ola de cuerpos: mientras algunos se apresuran a ayudar, la mayoría enfila la pista hacia la línea de meta. En medio del caos, un hombre se detiene para recoger algo que yace cerca de la inerte figura. Es un pañuelo con rayas púrpura, blancas y verdes longitudinales, y las palabras «Votes for Women» ('Voto para las mujeres') estampadas en cada extremo:¹ la banda de una sufragista. La noticia de que una «loca» se había lanzado contra el caballo del rey y perturbado la carrera más importante del año se difundió rápidamente. Mientras yace en el hospital luchando por su vida, cartas llenas de odio se acumulan en su mesilla de noche. Una de ellas, firmada simplemente por «Un inglés», ejemplifica la virulencia que se dirige contra ella: «Espero que sufras torturas hasta que mueras, idiota. Me gustaría tener la oportunidad de matarte de hambre y darte una paliza».² Pero la mujer nunca leerá estas palabras; cuatro días después del incidente sucumbe a sus heridas. El jinete se recuperará para volver a montar dos semanas después, pero nunca podrá olvidar lo sucedido y acabará quitándose la vida. En un gesto político, el caballo Anmer es exiliado a Canadá, convertido en chivo expiatorio por su participación en una muerte sobre la que no tenía ningún control.

La mujer que dejó grabado el derbi de 1913 en los libros de historia era la joven activista Emily Wilding Davison. La tarde



Fotografía del derbi de Epsom de 1913.

anterior, había estado treinta kilómetros al norte de Epsom, en Kensington, preparándose para la Feria Sufragista. Allí se encontraba ante la enorme estatua de Juana de Arco que recibía a los visitantes de la feria: la heroína del siglo XIV sostenía su espada en alto sobre su cabeza, y en el pedestal se leían las palabras «Lucha, y Dios te concederá la victoria». Se suponía que Emily iba a actuar como voluntaria en esta feria, no a trastocar el derbi del día siguiente. Había mencionado la posibilidad de «protestar en el hipódromo», pero solo Alice Green, en cuya casa se alojaba Emily, sabía que iba a viajar a Epsom. Compró un billete de tren y, prendidas con alfileres, guardó dos bandas en su abrigo; sus franjas verdes, blancas y púrpuras eran testimonio de una causa a la que dedicaría su vida: lograr el sufragio femenino mediante «hechos, y no palabras».³

¿Había planeado un suicidio, ser una mártir de la causa, o simplemente pretendía clavar una banda al caballo? ¿Fue premeditado el incidente o actuó de forma espontánea? Es imposible saberlo con certeza, ya que no dejó ninguna nota. Pero al caminar frente al caballo del rey, a la vista de quinientas mil personas y tres cámaras de cine, Emily había realizado una última hazaña por su causa. Como ella misma escribió: «Dar la vida por los amigos, eso es glorioso, desinteresado, inspirador [...] el último sacrificio que ofrece la militante».⁴

Emily se había inscrito en la Unión Social y Política de Mujeres en noviembre de 1906, y a lo largo de los siete años que precedieron a su muerte, su militancia fue cada vez más intensa. La arrestaron nueve veces, hizo huelga de hambre en siete ocasiones y fue alimentada a la fuerza cuarenta y nueve veces; un proceso doloroso, aterrador y brutal que dejó a muchas mujeres con duraderas cicatrices mentales y físicas. Se arrojó desde una barandilla de la prisión para proteger a otra reclusa y participó en actos de vandalismo, especialmente en la quema de buzones. Descrita por la hija de Emmeline Pankhurst, Sylvia, como «una de las militantes más atrevidas y temerarias», Emily fue tratada como una mártir tras su muerte. Veinte mil personas asistieron a su funeral, en la mayor ceremonia de la historia británica dedicada a una persona no perteneciente a la realeza. Se recuerda a

Emily Wilding Davison por su muerte y activismo. Pero hay otro aspecto de su vida que concierne particularmente a este libro; uno que rara vez se menciona en la ingente literatura dedicada a ella. Emily Wilding Davison fue una medievalista.⁵

Mujeres medievales: mujeres modernas

Emily, una mujer muy culta, había obtenido matrícula de honor en Literatura Inglesa tras realizar sus exámenes finales en el St Hugh's College de Oxford. No pudo graduarse porque los títulos de la Universidad de Oxford estuvieron cerrados a las mujeres hasta 1920.⁶ En cualquier caso, continuó investigando y publicando, especialmente sobre literatura medieval, y escribió una serie de artículos en los que exploraba cómo un pasado que le fascinaba podía moldear su presente. La opinión generalizada es que el empoderamiento de la mujer comenzó en el siglo xx, cuando el movimiento sufragista dio por fin voz al «segundo sexo». La vida de los hombres, las mujeres y los niños habrían de mejorar cuando la tiranía humana y las anticuadas tradiciones fueran finalmente sustituidas por algo cercano a la igualdad. En 2018, al centenario de la obtención del sufragio femenino lo acompañaron repetidas proclamaciones de que las mujeres habían salido de una vez por todas de las sombras.*

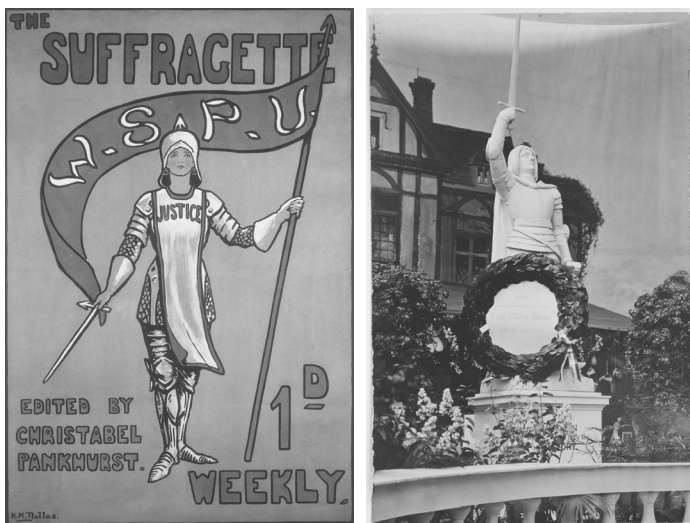
Pero Emily Wilding Davison no creía que las sufragistas partieran de cero. Para ella, la opresión contra la que luchaban era un fenómeno reciente. Quería volver a una época anterior que, en su opinión, estaba habitada por mujeres poderosas. En la Edad Media descubrió un modelo que desafiaba la visión misógina que caracterizaba la era moderna.⁷ De hecho, veía un mundo medieval rico en diversidad, donde los hombres y las mujeres eran iguales. En un ensayo publicado apenas un mes antes de su muerte, titulado *Unos mayos militantes*, describe una muchedumbre en un entorno medieval ideal. Es cosmopolita y multicultural, con ingleses, escoceses, franceses, rusos, viejos, jóvenes, hombres

* En 1918 las mujeres obtuvieron el derecho al voto en el Reino Unido. (*N. del T.*)

y mujeres festejando en compañía, mientras un «pequeño sajón» y una «pequeña judía» se dan la mano. En lugar de «Dios salve al rey», afirma que el lema de los mayos es «Dios salve al pueblo».⁸ En las mujeres del mundo medieval encontró voces inspiradoras, silenciadas desde entonces. A lo largo de este libro igualmente veremos que muchos de los modos de discriminación que hoy desafiamos enérgicamente no son siempre producto de la época medieval o premedieval, sino de los últimos siglos.

Para el movimiento sufragista, una mujer medieval en particular representaba la idea de una mujer decidida que triunfa contra todo pronóstico: Juana de Arco.⁹ Su activa marcialidad y su forma de vestir la convertían en una heroína andrógina que encarnaba el lema «Hechos, no palabras». Emily y las sufragistas no fueron las únicas que encontraron en el medievalismo una fuente de inspiración para los desafíos del siglo XIX y principios del XX. William Morris intentó contrarrestar el auge del consumismo industrial adoptando los medios artesanales de la Edad Media. Augustus Pugin vio en la arquitectura gótica una pureza nacional ausente en la tradición clásica, por lo que utilizó el estilo medieval como inspiración para el palacio de Westminster. John Ruskin fomentó la vuelta al romanticismo medieval como medio para obtener la «fidelidad a la naturaleza». Para las sufragistas, sin embargo, las mujeres que pusieron en primera línea mostraban dos atributos medievales esenciales: desafiaban las normas sociales al conseguir poder e influencia a pesar de su sexo, y eran profundamente religiosas.

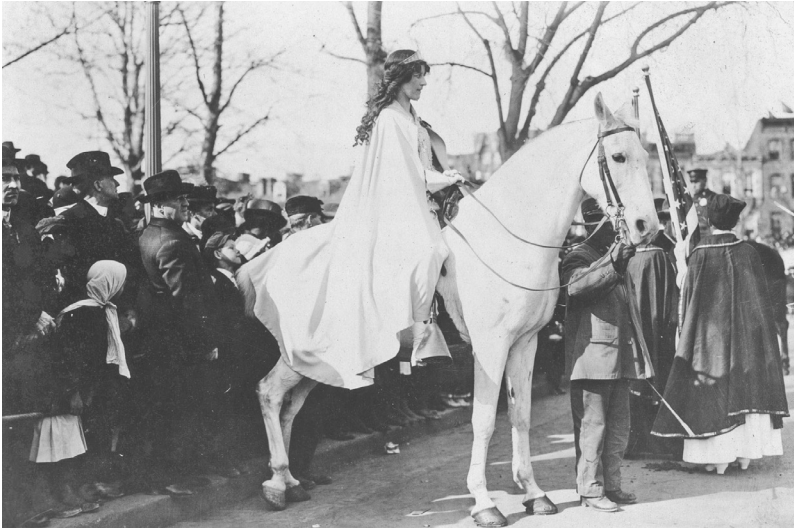
La preferencia moderna por la ciencia y la razón sobre la religión y la espiritualidad ha hecho que se pase por alto la naturaleza profundamente devota del movimiento sufragista. Mucha gente lo considera un movimiento político, no piadoso. Pero la mayoría de las mujeres que militaron activamente se veían a sí mismas como soldados de Cristo, promoviendo un cambio social enmarcado en términos religiosos. El eslogan de Juana de Arco, santa católica, «Lucha y Dios te concederá la victoria», se estampó en las pancartas junto con su imagen medieval. Juana era todo a lo que aspiraba Emily Wilding Davison. Su inexplicable ascenso de campesina adolescente a líder del ejército francés durante la



Poste sufragista con Juana de Arco, por Hilda Dallas (izquierda). Postal con una estatua de Juana de Arco de 1913, Feria Sufragista, Kensington (derecha).

guerra de los Cien Años ofrecía una imagen de empoderamiento femenino casi militar, pero estaba lo bastante alejada desde el punto de vista histórico como para resultar poco amenazante para las normas de género de principios del siglo xx. Mientras que las mujeres del siglo xx serían criticadas por vestirse con ropa masculina, esta guerrera envuelta en el velo del pasado podía hacerlo abiertamente.¹⁰ Además, sus acciones estaban sancionadas por Dios, María y los santos. Era una guerrera santa.

A medida que el movimiento sufragista se extendía al otro lado del océano, las mujeres de Estados Unidos también encontraron inspiración en Juana de Arco. La imagen de Inez Milholland a horcajadas sobre un enorme caballo blanco, dirigiendo un desfile por las calles de Washington D. C. el 3 de marzo de 1913 se ha vuelto icónica. Su versión de Juana de Arco era soñadora y romántica, con el pelo largo, suelto y rematado con una corona. Al igual que Emily, el diseño del vestuario de Inez se inspiró en los muchos años que había pasado estudiando literatura medieval. Muy pocos estudiosos han hablado de estas sufragistas fascinadas por el Medievo. Pero entender su medievalismo trastoca el



Fotografía de Inez Milholland en el desfile sufragista de Washington D. C.,
3 de marzo de 1913.

consenso general de que estas mujeres del siglo xx luchaban por su autonomía en el vacío, trazando un sendero que nunca había existido. En lugar de aceptar las interpretaciones erróneas del periodo medieval acumuladas a lo largo de los siglos, estas sufragistas descubrieron una época en que las mujeres tenían capacidad de acción, y querían volver a ella.

El medievalismo de Emily subraya su identidad sufragista. Una compañera de clase recordaba cómo Emily adoptó el nombre de «la hermosa Emelye» tras leer en la escuela los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer:*

Su principal amiga de entonces no recordaba haber discutido con ella sobre los derechos de las mujeres ni sobre ninguna cuestión de interés público. Mucho más interesante para ambos era el «Cuento del caballero» de Chaucer, que ambas estudiaban y del que Emily obtuvo otro de sus nombres. A partir de ese momento, esta y algunas otras amigas la llamaron siempre

* *Fair Emelye* (*Faire Emelye* en los *Cuentos de Canterbury*). Cuando la autora hace referencia al personaje de Chaucer, se ha traducido *Emilia*. (N. del T.)

«la hermosa Emelye», ya que su pelo, que era rubio y muy bonito, hacía que el nombre fuera apropiado.¹¹

El «Cuento del caballero» es el primer relato completo de los *Cuentos de Canterbury* y describe la captura de Emilia y su hermana, la reina Hipólita, cuando Teseo asedia Escitia, hogar de las poderosas amazonas. Es llevada a Atenas, donde se convierte en el objeto de deseo de dos caballeros cautivos en una torre. Con este fin, la idealizan y cosifican, pero, en muchos aspectos, Emilia contradice lo que se espera de una mujer en un romance. En primer lugar, las amazonas de Escitia tenían formación militar, y se decía que eran capaces de montar a caballo, empuñar las armas y luchar en igualdad de condiciones con los hombres.¹² En segundo lugar, Emilia expresa su deseo de continuar dedicando su vida a la diosa de la caza, Diana: «Deseo ser una doncella toda mi vida, / y nunca seré amante ni esposa». Le dice a la diosa que prefiere la caza y el tallado de la madera al matrimonio y el parto. Emilia acaba casándose en contra de su voluntad, pero su discurso a Diana funciona como un eterno grito de guerra para las mujeres que desean elegir su propio destino.

Mientras que, al principio, Emilia pudo haber atraído a la joven Wilding Davison por su belleza y rubio cabello, su encarcelamiento no habría hecho sino reforzar la conexión entre ambas. Cuando se habla de Emilia, se sugiere constantemente que su libertad es limitada, y su suerte está regida por fuerzas que escapan a su control. Al firmar sus cartas como Emelye, la joven sufragista se identificaba con la mujer guerrera, y en su ensayo *El precio de la libertad*, Emily sugiere que la militancia de las sufragistas las vincula con las mujeres fuertes del pasado: «La amazona perfecta es aquella que lo sacrificará todo hasta el final».¹³ Pero sus actos en el derbi de Epsom son el indicador más firme de que Emily estaba profundamente influenciada por Emilia y «El cuento del caballero».

Tras su muerte, sus compañeras sufragistas adujeron que Emily no pretendía ser una mártir, sino que intentaba pedir justicia al rey. Inmediatamente después del incidente, el periódico de su ciudad natal, Morpeth, informó de que «ofreció su vida en

petición al rey [...]. Su petición no fracasará, ya que ella misma la ha llevado a ese alto tribunal donde hombres y mujeres, ricos y pobres, son iguales». ¹⁴ En este punto, en 1913, el movimiento sufragista consideraba haber agotado las vías de comunicación a través de los miembros del parlamento y, en su lugar, planeó apelar directamente al monarca. Esta idea tiene sus raíces en la costumbre medieval de que el rey es el último árbitro de la justicia, al que pueden dirigirse sus súbditos cuando viaja por el reino y pedirle que intervenga en sus asuntos.

«El cuento del caballero» proporcionó a Emily la inspiración perfecta para llevar a cabo tal petición. En los primeros versos, Teseo, señor triunfante, llega a la ciudad de Tebas. Hileras de damas vestidas de negro se arrodillan ante él en la calle, llorando, gimiendo y lamentándose. Estas mujeres son viudas, víctimas del ataque del tirano Creonte sobre la ciudad, desesperadas por recuperar los cuerpos de sus seres queridos y darles sepultura. Teseo, que espera una bienvenida de héroe, se sorprende por su comportamiento y se dispone a despacharlas. Pero entonces una de las mujeres «coge las riendas de su brida». Con su caballo sometido, Teseo se ve obligado a escuchar las quejas de las mujeres. Las acciones de esta mujer cambiaron el curso de la historia: Teseo hace la guerra a Creonte, se recuperan los huesos, y el gobernante cumple su juramento a las mujeres. Es posible que el ejemplo de las viudas tebanas haya determinado el acto final de Emily de acercarse al caballo del rey, fundiéndose con una de sus heroínas a través de su muerte. Al emular las acciones de las mujeres del pasado, Emily Wilding Davison dejó grabado su nombre en la historia como una mártir de su causa.

Mujeres escribiendo sobre mujeres

Emily no fue la única mujer que encontró inspiración para el sufragio en el periodo medieval. Menos militante, pero no menos significativa, Grace Warrack se valió de su pasión por la literatura medieval para llevar la obra de una mujer perdida a un gran número de nuevos lectores. Más de una década antes de que Emily

agotara su vida en el derbi, esta presbiteriana escocesa de mediana edad llegó a Londres y se dirigió a la sala de lectura de la Biblioteca Británica. Había venido en busca de una mística católica inglesa del siglo xiv. Al hojear el catálogo de los cincuenta mil libros, manuscritos y grabados que Hans Sloane legó a la biblioteca en el siglo xviii, Grace halló una interesante entrada. Bajo el epígrafe «Magia y brujería» había un manuscrito titulado *Revelaciones a quien no podía leer una carta, 1373*.¹⁵ Había encontrado lo que buscaba: la primera copia que se conserva de las *Revelaciones del amor divino* de Juliana de Norwich. Durante un mes, Grace transcribió el texto completo y lo tradujo del inglés medieval al moderno. Luego volvió a Edimburgo y logró convencer al editor Methuen de que imprimiera el primer texto completo de la obra de Juliana en 1901. Desde entonces no se ha dejado de publicar, y generaciones de estudiosos han descubierto esta obra maestra de la medicina gracias a la traducción de Grace.

Grace estaba decidida a que las serenas y contemplativas, aunque revolucionarias, consideraciones de Juliana sobre la espiritualidad se pusieran a disposición de un amplio público. Al publicar *Revelaciones del amor divino*, Grace proporcionó a las mujeres del siglo xx una de sus más impresionantes precursoras. Juliana nació en la ciudad de Norwich hacia 1343. A los treinta años, afectada por una parálisis y resignada a morir, recibió una serie de visiones o «revelaciones». Se restableció por completo, pero su vida cambió para siempre. Cuando recuperó la salud, eligió recluírse como anacoreta y recibió la extremaunción antes de que la encerrasen en un cuarto para el resto de su vida. Pasó otras tres décadas o más en su celda, contemplando las visiones que había recibido y escribiendo su notable libro, que es el primer texto conocido de una mujer en inglés.

Revelaciones del amor divino es un libro sublime; la obra de una vigorosa mirada aplicada a cuestiones espirituales. Juliana no nos dice nada del turbulento mundo del siglo xiv en que vivió: las pestes, los juicios por herejía, las guerras y los cismas.¹⁶ Ella misma apenas está presente en su texto. En cambio, describe con un detalle casi cinematográfico los padecimientos de Cristo y afirma repetidamente que el amor maternal de Dios por su creación se

encuentra en el centro de toda existencia. Su famosa frase («Todo irá bien, y todo irá bien y todas las cosas estarán bien») no es un consuelo trillado, sino una significativa y medida afirmación de cuál es el propósito divino.¹⁷ En cualquier caso, es notable que hoy sepamos de Juliana, y que su nombre no haya seguido el mismo camino que el de tantas otras mujeres medievales.

A partir de la Reforma, las bibliotecas se dedicaron a buscar textos controvertidos. En los catálogos se utilizaban diversos términos para indicar cuáles debían ser comprobados y potencialmente destruidos. Se registraban los libros que contenían temas de «brujería», «herejía» y «catolicismo»; se desconoce el destino de muchos de estos textos, de cuya existencia las listas son el único testigo. El título de este libro (*Fémina*)* alude a la etiqueta garabateada junto a los textos que se sabía que habían sido escritos por una mujer, por lo que eran menos dignos de preservación. Solo podemos preguntarnos cuántos otros textos fueron desdeñados o destruidos por ser obra de una «fémina». *Revelaciones del amor divino* debería haber seguido el mismo camino y haber sido víctima de las quemaduras de libros de generaciones de reformadores. Rastrear la insólita supervivencia de la obra de Juliana de Norwich puede arrojar luz sobre por qué, a lo largo de los siglos, se han registrado tan pocas mujeres medievales.

La Reforma del siglo XVI provocó una grieta ideológica en el corazón de Inglaterra. Durante el reinado de Eduardo, hijo de Enrique VIII, los católicos fueron acorralados y asesinados, mientras que en el reinado de su hija María, las tornas cambiaron y se quemó a los protestantes. Una de las principales víctimas de esta amarga agitación religiosa fueron los libros. Los católicos destruyeron los libros protestantes, y viceversa. La quema, destrucción o eliminación de libros tiene dos propósitos: destruir los objetos físicos y eliminar su contenido de la memoria de la gente.¹⁸ Miles de manuscritos medievales, depositarios de generaciones de conocimiento y arte, fueron declarados heréticos y destruidos.

*En la edición en castellano de esta obra se ha optado por acentuar el título del libro para evitar que el lector tenga la percepción de que falta una tilde, cosa que no sucede con el lector británico, que identifica el título como una palabra en latín. (*N. del E.*)

De entre los que sobrevivieron, algunos se aceptaron como ortodoxos —eran, por lo tanto, libros escritos casi exclusivamente por varones cultos—, mientras que otros permanecieron ocultos. Aunque el libro de Juliana no era herético, sí pisaba terreno pantanoso. Se refería a Cristo como una mujer, sugería que el pecado era «necesario», y veía a Dios como a un ser de infinita misericordia que perdonaba sin importar lo que una persona hiciera durante su vida.¹⁹ Se cree que mantuvo sus escritos en secreto mientras permaneció en su celda de anacoreta, pero finalmente salieron a la luz.

El libro permaneció oculto hasta el siglo XVI, cuando viajó a Francia, donde lo encontraron nueve jóvenes que escapaban de la Inglaterra protestante para fundar un convento católico en Cambrai, Francia. Todas tenían entre diecisiete y veintidós años, y entre ellas estaba Gertrudis Moro, tataranieta de Tomás Moro, el famoso católico y escritor del periodo tudor. Además de esconder sacerdotes, objetos religiosos y textos medievales en su casa solariega, la familia Moro adoptó una actitud poco convencional hacia la educación de las mujeres. Tomás insistió en que sus numerosas hijas recibieran la misma formación clásica que su único hijo, y sus capacidades intelectuales impresionaron incluso al rey Enrique VIII. El monarca se sorprendió al encontrar la firma de una mujer al final de una carta «extremadamente erudita» escrita en un perfecto latín por la hija de Tomás, Margarita.²⁰ Este ambiente educativo permeó a través de las generaciones, y se animó a Gertrudis a entrar en un convento para ampliar sus estudios. A las monjas de Cambrai se les envió una colección de manuscritos medievales para ayudarlas en su vida contemplativa, y entre ellos estaban las *Revelaciones* de Juliana. Hicieron múltiples copias de su texto, y la comunidad lo conservó en tiempos difíciles, hasta la Revolución francesa, cuando el convento fue disuelto y las monjas, temiendo ser ejecutadas, escaparon a la abadía de Stanbrook, en Yorkshire. Se llevaron a Juliana con ellas.

Estas copias ofrecieron a Juliana de Norwich una plataforma, y a partir de aquí, una sucesión de eruditos varones eligió abrazar o rechazar sus escritos. En el siglo XVII, escritores a ambos lados de la fractura religiosa se apropiaron de ella para sus fines.

El converso católico y monje benedictino Serenus Crecy copió e imprimió su obra, mientras que su homólogo protestante, el obispo Edward Stillingfleet, dijo de ella que era «todo lo que está mal en la Iglesia romana», y que sus escritos eran las «fantasiosas revelaciones de un cerebro destemplado».²¹ Para él, la feminidad de Juliana no era un problema en sí misma, pero representaba lo «ajeno», lo «otro» del catolicismo, que amenazaba la unidad de la Iglesia de Inglaterra.²² Stillingfleet abrazó el deísmo, la idea de que la razón empírica y la observación del mundo natural proporcionan suficientes pruebas de un ser supremo y de que, por tanto, las revelaciones no pueden ser de origen divino.²³ Como las mujeres estaban excluidas de las universidades y del discurso teológico, sus textos no eran empíricos, sino que abordaban asuntos espirituales a través de su experiencia vivida de las revelaciones. Además, solían escribir en lengua vernácula en lugar del latín aprendido por los escritores masculinos. Las obras de las *feminae* medievales fueron el blanco perfecto para los reformadores de las generaciones posteriores.

¿Siempre el segundo sexo?

La Reforma afectó a las mujeres de forma significativa. Al cerrarse los conventos, las opciones de las mujeres se redujeron a ser esposas y madres. Las monjas fueron devueltas a sus familias o se las obligó a casarse, y las oportunidades educativas se restringieron cada vez más a lo largo de los siglos XVI y XVII.²⁴ La relegación de las mujeres al papel de segundo sexo estaba firmemente arraigada en las comunidades protestantes, ya que Martín Lutero declaró que «la esposa debe quedarse en casa y ocuparse de los asuntos del hogar como quien ha sido privado de la capacidad de administrar los asuntos que están fuera y conciernen al Estado», mientras que Juan Calvino estaba de acuerdo en que «el lugar de la mujer está en el hogar».²⁵

La situación empeoró aún más para las mujeres a medida que los escritores de los siglos XVIII y XIX diseñaban teorías cada vez más elaboradas de la división entre los sexos. A pesar de que el

trono estaba ocupado por una reina, Victoria, las mujeres no tenían derecho a votar, presentar demandas o poseer propiedades si estaban casadas, y cedían todas las posesiones a su marido.²⁶ Las oportunidades educativas eran prácticamente inexistentes hasta que el Cheltenham Ladies' College abrió sus puertas en 1853. La división de la sociedad estaba basada en el género, y las mujeres se vieron cada vez más confinadas a las actividades domésticas y obligadas a restringir su vestuario. Pero también había una brecha de clase.²⁷ Lo que era aceptable para una dama de clase alta estaba dictado por cuestiones de gusto, mientras que quienes vivían en la pobreza, tanto hombres como mujeres, sufrían un grado semejante de deterioro en la Gran Bretaña industrial. Existía una idea de la dama perfecta, expresada por el médico William Acton, quien se especializó en la masturbación. Se suponía que las mujeres debían ser «las mejores madres, esposas y administradoras del hogar, y saben poco o nada de satisfacciones sexuales. El amor al hogar, a los hijos y a las tareas domésticas son las únicas pasiones que sienten».

A continuación, Acton describe a una mujer a la que entrevistó, quien era, en su opinión, la «perfecta» dama inglesa:

Creo que esta dama representa el perfecto ideal de esposa y madre inglesa: amable, considerada, abnegada y sensible, de corazón tan puro que ignora por completo cualquier satisfacción sensual e incluso la aborrece; tan desinteresadamente unida al hombre que ama que está dispuesta a renunciar a sus propios deseos y sentimientos en beneficio de los de él.²⁸

Los tratados pseudocientíficos como el de Acton no ayudaron a la emancipación de las mujeres, pero gran parte de la culpa de que las mujeres estén excluidas de las historias de los siglos XVIII y XIX recae en los exponentes de la llamada teoría de los «grandes hombres», que estuvo en auge durante el apogeo del Imperio británico. Mientras Gran Bretaña competía con otras potencias europeas para expandir su extensión, absorbiendo culturas enteras a través de las hazañas de hombres occidentales privilegiados, la historia que se escribía los situaba en el centro del escenario. La voz cantante de este movimiento fue la de Thomas Carlyle

(1795-1881). A lo largo de su dilatada y fructífera vida, Carlyle se dedicó a múltiples actividades: fue filósofo, matemático, historiador, escritor satírico y profesor. Pero se lo recuerda sobre todo por las audaces afirmaciones de su obra *Sobre los héroes. El culto al héroe y lo heroico en la historia*, entre las que destaca: «La historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres».²⁹ La lectura del texto de Carlyle en la actualidad es una experiencia inquietante, ya que desprecia a sectores enteros de la sociedad:

El gran hombre, con su fuerza libre salida directamente de la propia mano de Dios, es el rayo. Su palabra es la sabia palabra sanadora en la que todos pueden creer. Todo arde a su alrededor, una vez que él lo ha tocado, en un fuego como el suyo. Se cree que el hacinamiento de leños secos fue la causa. Son críticos muy estrechos de miras quienes dicen: «Mira, ¿no son los palos los que dieron origen al fuego?». No hay prueba más triste que pueda dar un hombre de su propia pequeñez que la incredulidad en los grandes hombres.³⁰

Aquí, todo el mundo, excepto un «gran hombre», sufre la indignidad de ser considerado insignificante. Las mujeres constituyen una parte importante de los desdeñados, por supuesto, pero también se incluyen los que Carlyle considera «hombres pequeños». Esta fue la perspectiva dominante entre los historiadores, y todavía hoy sentimos el tirón de la llamada «teoría del Gran Hombre». Las vidas de aquellos que no encajaban en el código moral de la Inglaterra victoriana, o que se quedaban fuera de la narrativa de la conquista, eran reformuladas o eliminadas del registro. Individuos como Alfredo el Grande salieron bien parados, preservado para la posteridad por los historiadores victorianos como un gran líder militar. Pero se pasó por alto a su hija Ethelfleda. Estratega militar y reformadora social que casi eclipsó a su padre en vida, no encajaba con las nociones victorianas de la posición de la mujer en la sociedad. Las mujeres del pasado fueron reformuladas para reflejar lo que la sociedad victoriana quería que fuesen.

En su aparente compromiso con la época medieval, los artistas prerrafaelitas y victorianos crearon sensuales representaciones de

las pocas mujeres medievales a las que pudieron acceder, y de nuevo las filtraron a través de la sensibilidad victoriana. Se las muestra como vírgenes, víctimas, madres, prostitutas o brujas, y se repite hasta la saciedad la imagen de una doncella inalcanzable atrapada en una torre. La *Ofelia* de Millais es la mujer desesperada e histórica que, según Shakespeare, se volvió loca y, con su muerte en las aguas, se sumergió para siempre en la naturaleza. La forma en que Millais pinta sus labios entreabiertos es una sugerente invitación a mirar con lascivia su ruina. Otras mujeres medievales aparecen mirando al exterior desde sus torres, mientras trabajan en sus bordados y suspiran por vigorosos caballeros que se encuentran lejos, en emocionantes misiones otorgadas por Dios. Lo cierto es que los cimientos del medievalismo victoriano se asientan sobre un terreno inestable. Los textos conservados y copiados a lo largo de los siglos habían sufrido ya múltiples etapas de edición y borrado. Las versiones que se leyeron en el siglo XIX habían sido ya reelaboradas una y otra vez, y se había interpretado a las mujeres de forma socialmente aceptable para un público en cambio continuo.

No toda la culpa recae en los historiadores del siglo XIX. Existen innumerables razones por las que tantas mujeres se han



Sir John Everett Millais, *Ofelia*, 1852, Tate Collection.

perdido en las arenas del tiempo. Algunas tuvieron su origen en la propia época medieval. Aunque los conventos de la Europa medieval eran ciertamente lugares en que recibir una formación, los hombres educados superaban con creces a las mujeres educadas, y ellas tenían menos oportunidades de aprender a leer y escribir y dejar su huella. La sobreescritura —la práctica por la que los escritores varones tomaban las visiones, palabras e ideas de las mujeres intelectuales y las reescribían para un público mayoritariamente masculino— también fue común durante todo el periodo.³¹ Esto significaba que los relatos orales y escritos de las mujeres quedaban subsumidos en los de autores posteriores y seguían sin ser reconocidos. La ausencia de multitud de mujeres alfabetizadas de los registros es más un caso de mala referencia que de exclusión deliberada. Sin embargo, con el paso de los siglos, la vida de las mujeres medievales simplemente no interesó a las generaciones posteriores de lectores y escritores masculinos. Los actos de militares brillantes, líderes intrépidos y sensatos intelectuales varones tenían más valor.

Educar a los niños en los «grandes hombres» reforzó el sentido de una gran nación, una versión de la historia que podía difundirse a lo largo y ancho de vastos imperios. Controlar el acceso al pasado sirve para controlar a las poblaciones en el presente, y determinar quién escribe la historia puede afectar al pensamiento y a los comportamientos. Los nazis crearon una versión de la historia alemana en la que seleccionaron y reordenaron la información en beneficio del régimen. Pero la manipulación histórica está en todas partes y permea en cada uno de nosotros de forma similar. En el momento de escribir este libro, una peligrosa corriente subterránea recorre los estudios medievales, ya que la extrema derecha se apropia cada vez más del periodo para promover ideologías extremistas sobre la raza, la etnia y la inmigración.³² Entre los individuos que asaltaron el Capitolio de Estados Unidos en enero de 2020, Q-Shaman, como se le conoce, iba cubierto de tatuajes nórdicos. El perpetrador del atentado terrorista de Christchurch en 2019, que mató a cincuenta y una personas e hirió a cuarenta, había cubierto sus armas con los símbolos medievales de un caballero

cruzado famoso por matar musulmanes.³³ Y la llamada «guerra contra el terror» ha exacerbado las relaciones entre Oriente y Occidente, mientras políticos como el presidente George W. Bush han establecido paralelismos con las cruzadas.³⁴

La apropiación indebida de la época medieval es abundante, desde parodias cómicas a teorías conspirativas. Al volver a centrar la atención en las mujeres medievales y tratar la evidencia histórica a partir de múltiples perspectivas —desde la osteoarqueología hasta el análisis histórico del arte—, quiero arrojar luz sobre una versión distinta de la Edad Media. Todos los relatos históricos son producto de las preocupaciones humanas de su tiempo, y reconozco con franqueza que me estoy centrando en un grupo con el que simpatizo, e interpreto la evidencia con mis propios intereses en primer plano. Sin embargo, en última instancia, se trata de intentar abrir caminos diferentes para abordar la historia. Como el medievalista Kolve en esta cita, reconozco que:

No tenemos más remedio que reconocer nuestra modernidad, admitir que nuestro interés por el pasado nace siempre —y en absoluto de forma ilegítima— de las preocupaciones del presente.³⁵

Olvidadas, ignoradas o deliberadamente silenciadas, es un milagro que las voces femeninas hayan logrado sobrevivir. Pero la disciplina histórica ha sufrido, en las últimas décadas, su mayor revolución, debido a los avances en los ámbitos interconectados de la historia social, la arqueología, la investigación del ADN y el análisis estadístico. Mientras que los textos tienden a favorecer a unos pocos, estas perspectivas buscan a los muchos. Es en este ámbito de colaboración interdisciplinar donde empiezan a aparecer las mujeres medievales. La revolución digital nos ha facilitado la búsqueda. Ahora podemos encontrar nuestra propia historia buscando en los registros familiares y accediendo a los archivos. Comienzan a surgir otros tipos de relatos, poblados por un nuevo elenco de personajes que vivieron en nuestras calles, en nuestras casas y compartieron aspectos de nuestras vidas.

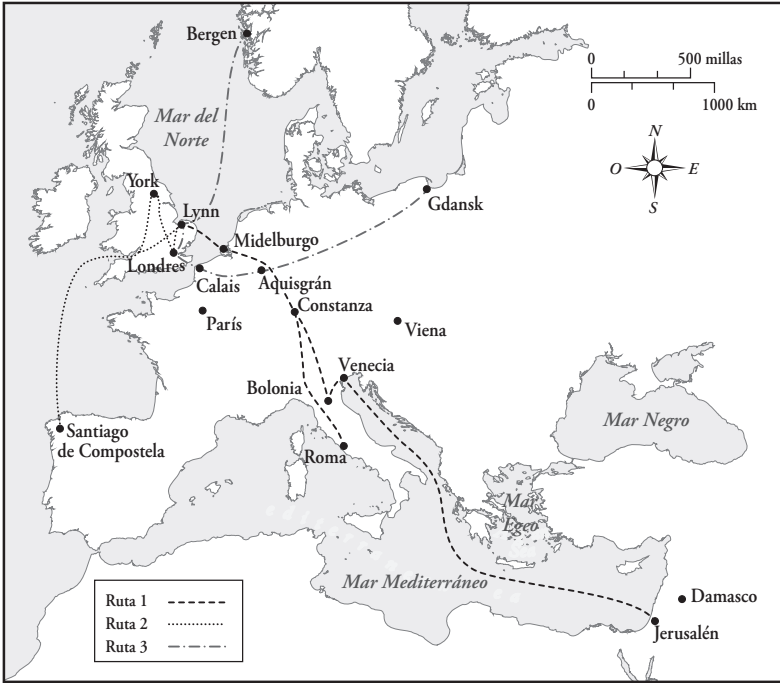
En este libro las mujeres luchan como valientes guerreras, desafiando físicamente el tabú del «sexo débil»; gobiernan con el

poder de reyes y emperadores; escriben sus propios relatos y determinan sus historias; alcanzan, y a veces superan, los logros intelectuales de los eruditos masculinos contemporáneos, haciendo descubrimientos excepcionales en las ciencias y las artes; manejan la economía y amasan una riqueza impensable, y hacen todo esto mientras, a menudo, realizan tareas femeninas tradicionales, como criar a los hijos y administrar el hogar.

Muchas de las mujeres que aparecen en este libro eligieron un modo de vida alternativo que las apartó deliberadamente de la cocina, el cuidado de los niños y la alcoba, ámbitos tradicionalmente asignados a la mujer. Prosperaron en monasterios y talleres, alejándose del interior del hogar y aceptando nuevos retos. El hecho de que pudieran hacerlo no solo demuestra lo formidables que eran como individuos, sino también que el periodo medieval fue quizá más transigente de lo que pensamos. Nuestra visión de esta época está sesgada por los escritores históricos que nos han precedido. Fue una «edad oscura», una época de «bárbaros»: ser «medieval» es sinónimo de retrógrado, supersticioso, reaccionario, violento. Al escudriñar las falsedades y las verdades, quiero mostrar cómo puede cruzarse la brecha histórica y formar una imagen lo más auténtica posible de estas mujeres y de la época en que vivieron.

Este viaje para descubrir a las mujeres perdidas o ignoradas comienza en el norte de Inglaterra, antes de atravesar las Tierras Medias y llegar al sur. A continuación, cruza el mar del Norte hasta Escandinavia, pasa a Normandía, cruza a Alemania y llega al sur de Francia. De ahí llega al megaestado del corazón de Europa, Polonia, antes de seguir la ruta de la Liga Hanseática y volver hasta Anglia Oriental y la cosmopolita ciudad de Londres. La amplitud de este alcance es intencionada: el mundo medieval no era un mundo pequeño y parroquial donde todos vivían y morían a la sombra de su iglesia. Algunas personas recorrieron grandes distancias durante su vida, en barco, a pie y a caballo. El recorrido de este libro es muy similar a los viajes realizados por las mujeres medievales en su propia vida. La mujer inglesa de la que se habla al final del libro, Margery Kempe, visitó todos estos reinos y muchos más.

INTRODUCCIÓN



Mapa que muestra las rutas de peregrinación de Margery Kempe desde King's Lynn, 1413-33.

A medida que el libro se desplaza por una amplia zona geográfica, también lo hace a través de las fronteras entre disciplinas. Los primeros capítulos se centran en los descubrimientos arqueológicos y en las pruebas textuales. En los capítulos posteriores, se alternan las evidencias artísticas, teológicas, históricas y literarias, y el enfoque es deliberadamente interdisciplinario. Aunque me he centrado en una selección de mujeres cuyas vidas pueden reconstruirse con un nivel de detalle más que aceptable gracias a una combinación de pruebas procedentes de diversas fuentes, muchas otras todavía permanecen frustrantemente fuera de nuestro alcance. Pero incluso hace noventa años Grace Warrack se habría asombrado de que yo pudiera incluir a la princesa de Loftus o a la guerrera de Birka en una conversación sobre las mujeres medievales. Gracias a una dedicada investigación y a los nuevos avances, puede que sea cuestión de tiempo que otras se revelen de forma más completa.

«¿Qué es lo que más desean las mujeres?». Así habla, en Chaucer, la esposa de Bath. Según su respuesta, las mujeres desean sexo, dinero, tierras, independencia y diversión. Emily Wilding Davison y Grace Warrack leyeron las palabras de la Esposa, y se convirtieron en parte de una lucha que duró un siglo para que las mujeres tuvieran derecho a cumplir esos deseos. En algunas partes del mundo se ha avanzado positivamente hacia la igualdad. Pero la mayoría de las mujeres del planeta siguen sin poder cumplir ninguno de esos deseos. La igualdad es un frágil barniz dispuesto de forma precaria sobre algunas sociedades, y completamente ignorado o deliberadamente suprimido en otras. No obstante, un nuevo impulso que pone en primer plano las necesidades de las mujeres está cobrando fuerza. Si las fuentes históricas refuerzan una y otra vez la idea de un pasado en el que las mujeres no han contribuido, estas sentirán que siempre han sido invisibles. Necesitamos una nueva relación con el pasado, de la que todos podamos sentirnos partícipes. Encontrar a estas mujeres medievales extraordinarias es un primer paso, pero hay muchas otras voces silenciadas a la espera de que se escuchen sus historias.